

Mi último recuerdo de Pablo García Baena

Guillermo CARNERO

En noviembre de 2017 supe que el Centro Andaluz de las Letras, la Junta de Andalucía y otras instituciones habían decidido dedicar el año 2018 a Pablo García Baena, y me hacían el honor de encargarme la antología destinada, con ese motivo, a difundir su obra. Tras el sobresalto inicial solté inmediatamente cuanto tenía entre manos para ponerme a ello, y pude así entregar el original a fin de año. El 30 de diciembre estaba terminado.

Esa antología está destinada a dar a conocer la obra de Pablo a un público lo más amplio posible. Como esa obra no es de lectura fácil e inmediata, ya que muchos poemas están llenos de claves, de referencias culturales que no han de ser del dominio público, y en algunas ocasiones de otras referencias privadas procedentes de recuerdos personales, de anécdotas vividas en la infancia, de situaciones y escenarios de ámbito local cordobés, quise aprovechar el inapreciable privilegio que es tener a mano a un escritor vivo y capaz de dar cuenta de sí mismo, cuando se va a editar y anotar su obra. Yo lo he hecho, a lo largo de mi carrera de investigador y de catedrático de Literatura, con numerosos escritores del pasado, y sé lo difícil que es encontrar esas claves una vez transcurridos los años y los siglos.

Durante el mes de diciembre mantuve con Pablo horas y horas de conversación telefónica, en las que discutimos algunos de sus poemas casi verso a verso. De esas conversaciones ha resultado el centenar y medio de notas que lleva la antología. Fue admirable la paciencia con la que Pablo me escuchaba leerle versos y pasajes cuyo significado no me parecía transparente, me aclaraba la acepción cordobesa y coloquial de una palabra, el uso de un objeto, la forma de un apero de labranza o un instrumento artesanal, la presencia peculiar de algún santo en el imaginario popular, el recuerdo de una estampa, la alusión a un determinado escenario urbano de la ciudad de Córdoba, que tanto le gustaba recorrer. Si ocasionalmente le señalé que se había tomado libertades con la Historia, con el santoral o con el lenguaje, siempre reivindicó, con una sonrisa perceptible a través del tono de su voz, el derecho a echar mano de las licencias poéticas, convencido de la soberanía de su imaginación.

Recuerdo esos días de largas conversaciones como un verdadero privilegio. Muchas veces habíamos bromeado acerca de la eterna juventud del muchacho de venerable antigüedad que él era. No podía yo suponer que el día 30 de diciembre iba a oír por última vez su voz. Llegamos incluso a bromear diciéndole yo que en 2021 podríamos conmemorar, con unos finos, el centenario de su nacimiento, como iba a hacerlo, sin duda y con enorme alegría, Córdoba, Andalucía, España y el universo todo de sus lectores.

Pablo mantuvo hasta el último día la plenitud de sus facultades mentales, entre ellas una envidiable memoria sin merma alguna. Pero su vista, en cambio, había perdido agudeza hasta el punto de que sólo podía leer caracteres de gran tamaño, u otros algo menores con ayuda de una lupa. Escribir le estaba vedado a no ser en mayúsculas, que difícilmente alineaba. En esas circunstancias estuvo a su lado su sobrino Antonio Amezcua Ortiz, que le leía los periódicos, las cartas y los mensajes que recibía por correo electrónico, y escribía al dictado y luego remitía las respuestas que Pablo les daba. Todos cuantos hemos sentido y sentimos cariño y admiración por Pablo conocemos y agradecemos la tarea de Antonio, insuperable en su dedicación, abnegación y eficacia.